

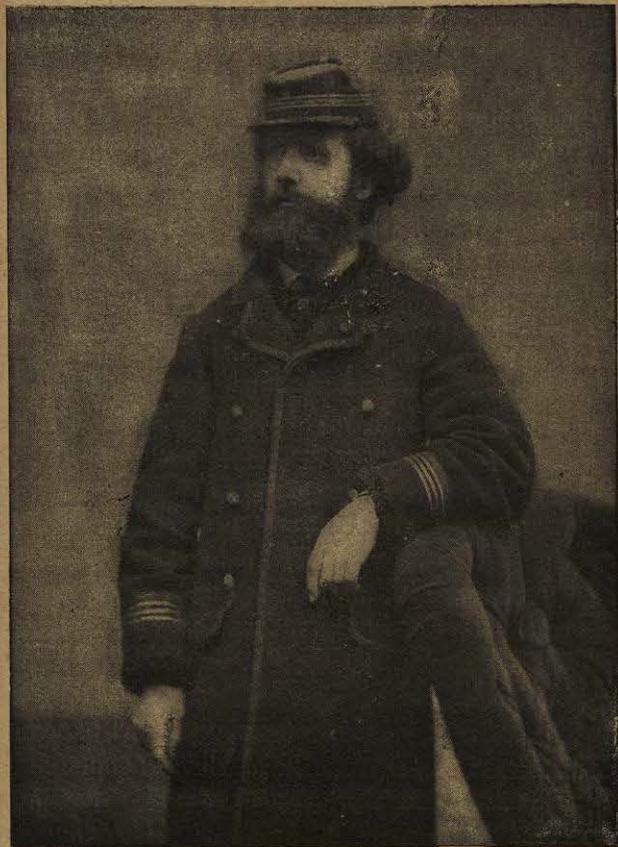
servicio de faros y el otro al de las aguas. Los acontecimientos se encadenaban. Cuando diez y seis años más tarde, en enero de 1887, fundé la Sociedad astronómica de Francia, Paul y Prosper Henry fueron mis vicepresidentes, y Laussedat miembro del consejo y después vicepresidente.

En el castillo de la Muette se habían instalado buenos anteojos y se podían observar todos los trabajos del enemigo emplazando enormes piezas de artillería destinadas a bombardear a París.

Se les dejaba hacer sus trabajos y se esperaba el primer cañonazo. Observado exactamente el punto de donde salía el disparo, se señalaba este punto en el plano del estado mayor y se daba cuenta de la observación a los tres fuertes de Issy, Vanves y Montrouge, en comunicación telegráfica con la Muette. Cada uno de ellos, con cinco minutos de intervalo, lanzaba un proyectil sobre aquel punto. Gran extrañeza por parte de los prusianos, que no continuaban el fuego. Se examinaba el resultado, muy satisfactorio; se rectificaba el tiro, y se le hacía enviar una segunda andanada de tres cañonazos más precisos que los primeros, y que daban en el blanco de las piezas alemanas. Así se continuaba durante una hora. Viéndose así sorprendida, la artillería Krupp cambió sus baterías y se retiró.

Algunos días después, por cambio del mismo procedimiento internacional, nosotros mismos recibimos proyectiles; uno de ellos prendió fuego a los techos del castillo de la Muette donde operábamos, y tuvimos a nuestra vez que desalojar. Una vez descubiertos, no hubo más remedio que abandonar el puesto. Nos instalamos no lejos de allí, en el quinto piso

de una casa en construcción en la rue Mozart, desde donde la vista se extendía de igual manera libre-



EL AUTOR DURANTE EL SITIO DE PARÍS
(octubre 1870 — marzo 1871)

mente sobre las cuestas de Meudon, de Sèvres y de Saint-Cloud, y nos pusimos de nuevo en observación. Los bombardeadores de París habían cambiado

su táctica. En lugar de instalar su artillería en la superficie del suelo, la enterraban sobre la pendiente de la cuesta, respetando las malezas y preparando en ellas aberturas. Entonces no se les veía sino difícilmente; pero era evidente que arreglaban sus piezas en trincheras haciendo frente a París, con el fin de lanzar sus proyectiles cuando este arreglo estuviera terminado. Nosotros les dejamos hacer y perder su tiempo, y cuando aquellas trincheras lanzaron la primera granada, renovamos el mismo manejo con los fuertes de Issy, Vanves y Montrouge, y tuvimos el placer de destruir sus trincheras.

El hecho es que, por nuestra instalación óptica, impedimos a los prusianos obrar desde aquel punto como ellos deseaban. Pero podían tirar sobre la capital desde muchos otros sitios, especialmente desde la meseta de Chatillón, y granadas de 75 kilos eran lanzadas hasta el centro de París, hasta el Observatorio, hasta el Panteón y hasta el Jardín de plantas, donde estallaron 87, que hicieron destrozos salvajes, destruyendo las estufas e invernaderos y las colecciones (los animales habían sido comidos). Los proyectiles llovían un poco por todas partes. En la rue de l'Odéon, n.º 4, había dos hermosos árboles en un pequeño patio: yo vi uno de ellos cortado neto por un proyectil. En la imprenta del *Magasin pittoresque*, rue de l'Abbé-Grégoire, M. Best recibió varios en su casa, como dejo dicho anteriormente. En Vaugirard, la caída era copiosa, y entre las pobres gentes que hacían la cola para recibir una débil ración de mal pan y de carne de caballo, muchas personas fueron muertas por los cascotes de aquellos proyectiles. Todo el mundo se iba acostumbrando a aquel ruido infer-

nal y a aquel peligro perpetuo. El 15 de enero de 1871, un primo mío el institutor Flammarión, de Vaugirard, que acababa de morir después de una larga carrera noblemente consagrada a la educación y a la ilustración de los hijos del pueblo, era enterrado en el cementerio de Vaugirard, no lejos de las fortificaciones, y se me había rogado que pronunciara un discurso sobre su tumba. Estábamos allí como unas cien personas. Las granadas llovían a nuestro alrededor. Lo que más me extraña hoy, es haber hecho tranquilamente el discurso de despedida a aquel hombre de bien, y de haber sido escuchado piadosamente por toda la asistencia sin que nadie pensara que la explosión de una granada monstruosa en medio de nuestro grupo pudiera enviarnos instantáneamente a reunirnos al muerto que llorábamos. El mismo día, una de aquellas granadas estalló no lejos de mí, y recogí un pesado trozo de ella que me sirve hoy de pisapapel.

Sí, a todo nos acostumbramos. Cuando se oía el cañonazo que lanzaba un proyectil, se tenía el tiempo de agacharse contra el suelo para ofrecer menos blanco al paso del proyectil. El sonido va menos ligero que el proyectil a la salida del cañón, porque su velocidad es de 335 metros por segundo, mientras que la del proyectil es de 600. Pero la velocidad del sonido es constante, mientras que la del proyectil va disminuyendo, y, cuando nos encontramos a varios kilómetros de distancia, la primera ha excedido a la segunda y suena en nuestros oídos antes que el mortífero viajero. Se tiene el tiempo de bajarse y dejarlo pasar. Pasa con el estridente ruido de un hierro al rojo metido en el agua, y después hace explosión

como si fuera un trueno, sembrando la muerte a su alrededor o destruyendo las obras maestras seculares de la pretendida civilización.

A mediados de enero, se estaba ya acostumbrado, y no se pensaba más que en evitar el golpe.

Las granadas prusianas no fueron las que mataron más gente en París: fueron las privaciones, la falta de alimentación sana y suficiente y un invierno particularmente frío. Se moría, en fin, de hambre. Para darse cuenta de ello, basta comparar la mortalidad de aquellos cinco meses con los del año anterior. Desde el 18 de septiembre de 1870, principio del cerco de la capital, hasta el 24 de febrero, fin de dicho cerco, la mortalidad de París se elevó a 64.154, mientras que el año precedente, y durante el mismo período, había sido de 21.979. Las constituciones débiles no podían por menos de sucumbir a aquellas privaciones. El pan negro del sitio contenía de todo menos harina de trigo; las carnes alimenticias habían desaparecido; una pava costaba 125 francos, cuando se la podía encontrar; un ganso, 85 francos; un conejo, 45 francos; un huevo de gallina, 5 francos. Se comía, y aun con una parsimonia mesurada, caballo, perro, gato y ratas. La Noche Buena de 1870, habiéndonos invitado unos amigos, a mi hermano y a mí, a cenar y a celebrar con una suculenta comida esta fiesta antigua y solemne, nos vimos servir un hermoso asado de gato, rodeado de seis ratas y seis ratones. Estaban arreglados al vino blanco y, a fe mía, para hambrientos, aquello no estaba del todo malo.

Aquel fué un período raro de nuestra existencia; se estaba de tal manera acostumbrado al ruido del

cañón, que, cuando dejó de oírse su salvaje voz, en el armisticio, nos extrañó a todos: ¡parece que nos faltaba alguna cosa!

París no podía por menos de sucumbir. Aquello era claro como la luz del día. Oí decir al general Trochu, gobernador militar de París, a las personas que le rodeaban, que la gran ciudad no podía oponer al vencedor sino una « resistencia galante », segura de que estaba obligada a rendirse.

El coronel Laussedat había organizado igualmente el servicio de globos de sitio, con mis pilotos aéreos, Eugenio y Julio Godart, y me había invitado a partir para la provincia, si lo prefería a la permanencia en París. No acepté por varias razones, de la que una (que no era la principal) era que las partidas debían tener lugar a las once de la noche, a fin de no ser vistos por los prusianos, y que esta hora estaba mal combinada para la velocidad del viento, que podía muy bien llevar los aeróstatos hacia el mar antes de la llegada del día, y que se perdieran allí, lo cual sucedió a dos aeronautas, Prince, que partió el 30 de noviembre, y Lacaze, que lo efectuó el 17 de enero. Sobre los sesenta y cuatro globos lanzados durante el sitio, dos se perdieron en el mar y cuatro no debieron su salvación sino a una feliz casualidad.

El 22 de septiembre de 1870 hubo un eclipse de Sol total en la Argelia, y bastante grande en París (83 centímetros); lo observé sobre los taludes de las fortificaciones y medí la variación de la luz por medio del fotómetro que yo había inventado (v. la pág. 391); el cañón no cesaba de tronar; pero el Sol aparecía en su trono en medio de un cielo puro; algunos gorriones que no habían comido todavía sal-

taban a mi alrededor. La naturaleza estaba tranquila, mientras que la humanidad estaba loca.

M. Janssen había partido en globo para ir a observar aquel eclipse en la Argelia.

Otro fenómeno celeste, una magnífica aurora boreal, aportó una diversión a los horrores del sitio. El 24 de octubre, a las siete y media de la tarde, el cielo se inflamó al ponerse el Sol con una luz extraña y fantástica, que bien pronto se desarrolló como un vasto cortinaje flotante de muaré rojo luminoso. Todo París pensó que era un incendio en el Mont Valérien; pero ciertos espíritus superticiosos veían en aquello (y hay quien lo ve todavía) una manifestación divina. Como yo atravesaba la plaza del Trocadero y millares de espectadores contemplaban aquel raro espectáculo, estuve forzado a dar allí, al aire libre, una pequeña conferencia científica. Una hora después, al llegar a casa de M. Henri Martin, para comer, encontré a toda la familia en el jardín admirando el fenómeno y comentándolo.

A propósito de los globos de sitio, Eugenio Godard, que tenía la misión de darles los nombres, creyó no hacer otra cosa mejor que imponer militarmente al último envío hacia los prusianos que cercaban aún a París, la víspera del armisticio, el nombre de *Cambronne*.

Cuando se piensa que aquel sitio de París, como todos los desastres de aquella guerra bismarckiana, hubieran podido evitarse con un poco de sentido común, me pregunto si los acontecimientos humanos no son los eslabones de una inevitable fatalidad. La responsabilidad debe cargarse toda entera sobre el impostor Bismarck; hubiera sido bastante ventear el

lazo y no dejarse coger en él. La renuncia del príncipe de Hohenzollern a la corona de España satisfacía nuestro amor propio nacional y los usos diplomáticos. A esto hubiéramos debido limitar nuestras reclamaciones y no excitar la fibra patriótica del pueblo, a la vez ignorante y víctima. Pero la razón está lejos de dirigir las obras humanas. Aunque Bismarck sea el gran culpable, es preciso confesar que hemos sido francamente imbéciles, y que los periodistas tales como Cassagnac, Emilio Girardin y todos los que excitaron el exagerado patriotismo francés tuvieron una buena parte en aquella necedad. A pesar de esta amarga experiencia, hay desgraciadamente todavía más de un periódico tan peligroso para la patria. Los periódicos son un poco responsables del estado de espíritu de sus lectores (1).

La humanidad terrestre es verdaderamente una especie singular. Un desgraciado obrero acaba de ser sepultado en un hundimiento: todo el mundo se apresura a salvarle, y se abre para ello una galería; después de varios días de laborioso esfuerzo, se llega a sacar un cuerpo más o menos mutilado, pero todavía vivo. ¡Y cuantos e incesantes cuidados después!... He aquí una persona enferma, se corre a buscar al médico, se aplican los productos del farmacéutico, se rodea al enfermo durante días, semanas o meses, para disputarlo a la muerte... He allí un anciano que se aproxima al siglo, que ha vivido mucho tiempo:

(1) Los periódicos obran considerablemente sobre la mentalidad. Se me pregunta a veces cuáles son los mejores y los más malos. Creo poder responder que, en mi pensamiento, el mejor redactado para ilustrar la opinión general es *Le Temps*, y el más malo y el más peligroso es *La Croix*, adversario perpetuo de la emancipación de la conciencia humana.

¡ atención !; ¡ que no coma demasiado !, ¡ que no beba !, ¡ que duerma bien !, ¡ que no tenga frío !, etc... Ved allá un pobre tuberculoso que se arrastra con trabajo; sotengámoslo por todos los medios para prolongar su triste existencia, y la de este enfermo crónico, y la de ese ciego, y la de aquél sordo, y la de este impetente, y la de ese paralítico, y la de aquel cadáver viviente. La vida es el primero de los bienes, proclama esta especie humana. Y, al lado de todo esto, un Bismarck excita dos pueblos, el uno contra el otro, treinta y seis o cuarenta millones de hombres de cada lado, llega a lanzarlos como perros rabiosos o tigres furiosos para devorarse mutuamente, y arroja sobre los campos de batalla diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta mil cadáveres o más, sin contar los heridos, y esta raza, pretendida inteligente, encuentra esto perfectamente natural, lo acepta tranquilamente, se prepara constantemente a estos holocaustos, los soporta como una necesidad que no depende por tanto sino de su propia voluntad, y eleva monumentos a los vencedores y a los vencidos. ¿Es posible ser más inconsecuente?

¡Y todo esto, frecuentemente, para los buitres de la Banca!

Qué contraste entre esta necedad y las obras gloriosas del genio humano que nos transportan a las sublimes alturas del ideal, que ha inventado el telescopio, la locomotora, el telégrafo, el teléfono, el aeroplano y tantas otras maravillas! Se creería que no se trata de la misma raza.

Desde la guerra de 1870, la Europa ha establecido como seguridad el régimen de lo que ha dado en llamarse « la Paz armada »; desde el día siguiente

de nuestros desastres, el servicio militar obligatorio fué ordenado en Francia para todos los ciudadanos; la Inglaterra, tuvo que soportarlo a su vez; toda la Europa se militarizó a imagen de Alemania; hasta en el Extremo Oriente se extendió la epidemia, y el Japón, y después la China, se armaron a imitación de Europa. El número de hombres llamados a las estériles ocupaciones militares es de 580.000 en Francia, de 610.000 en Alemania, de 1.380.000 en Rusia, etc., o sea un total de 4.938.000 para el conjunto del globo, ejércitos de tierra y de mar, y los gastos se elevan *anualmente*, para la Francia, a 780 millones para los ejércitos de tierra y de 312 millones para la marina de guerra; a 850 y 290 millones para la Alemania, a 960 y 200 millones para la Rusia, a 600 y 555 millones para los Estados Unidos (1), a 275 y 208 millones para el Japón, etc., total, 5.616 millones para los ejércitos de tierra de todas las naciones y 2.787 millones para sus marinas de guerra, es decir 8.404 millones por año, o sean 23 millones por día! Para la Francia sola, los soldados cuestan 3 millones por día, más el trabajo productivo que pudieran hacer si se dejara cada uno en su oficio. Es la ruina friamente organizada. A pesar de los impuestos cada vez más crecientes, no se pueden realizar estos fantásticos gastos sino por empréstitos perpetuos. La Francia está adeudada en la actualidad en 30.000 mi-

(1) El presidente Edmundo James, de la Universidad del Illinois, ha demostrado que desde su constitución, en 1789, los Estados Unidos han gastado para las guerras, su preparación, las pensiones y el interés de la deuda pública, la suma de 17.500 millones de dólares, o sean 85.000 millones de francos.

llones, la Alemania en 20.000, la Rusia en 22.000, la Inglaterra en 19.000, etc., y todas las naciones juntas en 165.000 millones! En resumen, como escribía recientemente el apóstol de la Paz Juan d'Ornac, la defensa internacional cuesta, por año, 8.500 millones; cinco millones de hombres viven con el fusil al hombro, montando las guardias de las fronteras, y casi trescientos buques de primera línea esperan la ocasión de cañonearse y echarse a pique.

Y yo pregunto a todo lector razonable: ¿debemos calificar la política de las naciones de otra manera que por los títulos de idiota, de infame, de bárbara y altamente estúpida?

*

* *

Pero no permanezcamos bajo estas tristes impresiones. Pensemos que la humanidad terrestre tiene delante de ella varios millones de años de existencia, como duración normal de la vida; que apenas tiene de tres a cuatrocientos mil años de edad y que, comparativamente a la vida humana completa, estimada en un siglo, no tiene más que de tres a cuatro años; que esta criatura, aun irresponsable, crecerá; que parece llegar actualmente a los primeros resplandores de la edad de la razón; y consideremos las rápidas conquistas de la ciencia, tan fecundas ya desde hace uno o dos siglos que verdaderamente han comenzado. El Progreso es la ley suprema. El principio del arbitraje tiende a establecerse cada vez más entre los pueblos. Tengamos pues confianza en el porvenir. La cultura científica ensanchará los espíri-

tus, iluminará las conciencias y abolirá la esclavitud política. Las cadenas de la materia y de la animalidad hereditaria caerán poco a poco, y la emancipación del pensamiento humano se elevará gradualmente en la luz y en la libertad.

